

XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

Procesos de violencia institucional en la Villa 21-24.

Gómez Lugo, Julián y Cano Rojas, Nicolás Augusto.

Cita:

Gómez Lugo, Julián y Cano Rojas, Nicolás Augusto (2019). *Procesos de violencia institucional en la Villa 21-24. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/925>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/fpg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

PROCESOS DE VIOLENCIA INSTITUCIONAL EN LA VILLA 21-24

Gómez Lugo, Julián; Cano Rojas, Nicolás Augusto
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo, analizaremos los determinantes sociales y culturales que gestaron las condiciones de posibilidad para la implantación de fuerzas de seguridad federales en el territorio de la villa 21-24. En ese sentido, el culto al individualismo, la cultura del consumo y la desarticulación del entramado social dan lugar al desarrollo de un dispositivo de seguridad sobre el cual se sostienen las condiciones de precariedad características de las villas. Una vez entendidas las condiciones que permitieron el desarrollo de dicho plan de seguridad, analizaremos cómo el mismo se constituye en un proceso de violentación institucional sobre los habitantes de la villa, dando lugar a la instalación de procesos de desubjetivación y descomposición de la comunidad por medio de la naturalización de la violencia. Finalmente, veremos cómo se desarrollan estrategias colectivas de contención y solidaridad frente a estos dispositivos de violentación, dando lugar al fortalecimiento de la autonomía individual y comunitaria y habilitando, de este modo, procesos subjetivantes en el ejercicio y defensa de los derechos humanos para los habitantes de la villa.

Palabras clave

Violencia institucional - Desubjetivación - Individualidad - Seguridad - Autonomía - Comunidad - Subjetivación

ABSTRACT

INSTITUTIONAL VIOLENCE PROCESSES AT VILLA 21-24

In the present paper, we will analyze the social and cultural determinants that created the conditions of possibility for the implantation of federal security forces in the territory of the Villa 21-24. In that way, the cult of individualism, the culture of consumption and the disarticulation of the social framework made place for the development of a security device that reproduces the conditions of precariousness characteristic of the villas. Once understood the conditions that allowed the development of that security plan, we will analyze how it constitutes itself into a process of institutional violence over the inhabitants of the villa, giving place to the installation of processes of desubjectivation and decomposition of the community through the naturalization of violence. Finally, we will see how collective strategies of containment and solidarity are developed as a response to these violent mechanisms, giving rise to the strengthening of individual and community autonomy and enabling subjective

processes in the exercise and defense of human rights for the inhabitants of the neighborhood

Key words

Institutional violence - Desubjectivation - Individuality - Security - Autonomy - Community - Subjectivation

Introducción

La villa 21-24 Zavaleta es un asentamiento urbano precario ubicado en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, entre los barrios de Barracas y Pompeya, y lindante con el Riachuelo. Es la villa más grande, y la más poblada de toda la capital federal, con más de 50.000 habitantes según datos oficiales (2015). Es considerada también la villa más peligrosa de la ciudad, habiendo concentrado el 30% de los homicidios registrados en la ciudad durante el año 2015 (La Nación, 2015).

En el año 2011, el Ministerio de seguridad anunció la implementación del Plan Unidad cinturón Sur, a partir del cual se destinaron fuerzas federales para el control de varios asentamientos precarios; entre ellos, la Villa 21-24. Fue así que primero la gendarmería, luego la policía federal, y luego (hasta el día de hoy) la prefectura naval argentina, fueron instaladas en el barrio, con el objetivo manifiesto de *“aumentar el recurso humano en estas zonas para mejorar la situación de inseguridad y bajar las tasas del delito”* (Min.Seg., 2011)

En el presente trabajo, analizaremos los determinantes sociales y culturales que gestaron las condiciones de posibilidad de la implantación de fuerzas de seguridad federales en el territorio de la villa 21-24. Analizaremos cómo el culto al individualismo, la cultura del consumo y la desarticulación del entramado social dieron lugar a la implantación de un dispositivo de seguridad mayúsculo en la villa.

Una vez entendidas las condiciones que permitieron el desarrollo de este plan de seguridad, analizaremos cómo el mismo se constituye en un proceso de violentación institucional de los habitantes de la villa. Veremos también cómo este proceso se articula con otros procesos de violencia institucional, constituyendo un escenario de naturalización de la violencia, y un síndrome de violencia institucional (SVI).

Analizaremos los efectos desubjetivantes que generan estas condiciones de vida en los habitantes de la villa. Y luego nos detendremos en el análisis del proceso de violencia institucional que se desarrolla en el ámbito del trabajo, y sus particularidades

la población de la villa.

Finalmente, analizaremos procesos de subjetivación que se llevan adelante actualmente en este contexto, y que permiten a los habitantes de la villa construir un horizonte vital.

Metodología

La metodología utilizada para recabar la información necesaria para llevar adelante este trabajo de investigación ha sido la entrevista semidirigida. Optamos por dicha herramienta por varias razones. Por un lado, nos permite acercarnos a un ámbito que desconocemos sin sesgar la información que vamos a recibir, ya que la utilización de un método más cerrado implicaría la aceptación de supuestos cuya realidad desconocemos. Por otro lado, el carácter abierto de la entrevista permite a los actores entrevistados explayarse en los aspectos que consideren más significativos, permitiendo acceder a información que los sujetos consideren importante con respecto al tema tratado. Por último, esta metodología permite la exteriorización de la subjetividad de los entrevistados, permitiendo acceder (al menos en parte) a los factores subjetivos movilizados por los procesos de violentación indagados.

Durante el desarrollo del trabajo se realizaron tres entrevistas a jóvenes residentes y activistas de la villa 21-24. Dos de ellas fueron de carácter individual, y una fue de carácter grupal, siendo en ella tres residentes de la villa (conocidos entre sí) entrevistados en un mismo dispositivo.

Desarrollo

El escenario político económico actual se presenta como profundización del modelo desigual de distribución de los bienes materiales a la vez que del imaginario social de representaciones simbólicas que justifican relaciones de dominación respecto de factores étnicos, de género, culturales, económicos etc. Este ahondamiento de los mecanismos de opresión trae consigo múltiples diversificaciones en las maneras de manifestación de las violencias sobre todo en contextos en los que las poblaciones se encuentran en situaciones de vulnerabilidad. A su vez, este tipo de ambientes generan sufrimiento social y subjetivo a causa de las cargas de agresión constantes a las que se encuentran expuestas las personas; además, las condiciones precarias de saneamiento medioambiental producen diversos tipos de patologías físicas. Frente a esto, se pueden ubicar distintas formas de respuesta psíquica respecto del medio hostil como la naturalización de la violencia como mecanismo de defensa –derrumbes subjetivos, pasajes al acto reproductores de las violencias, despersonalización e indiferencia, consumos problemáticos de alcohol y sustancias psicoactivas, etc.–, la desubjetivación de los individuos al ser parte de comunidades expulsadas de la sociedad en tanto posibilidad de ejercicio de derechos y la organización colectiva como forma de dar respuestas a estas problemáticas de manera comunitaria.

Dentro del modelo neoliberal las formas de acceso e inclusión

social están determinadas a partir de la capacidad de consumo en la medida en que este último aparece como rasgo identitario, es decir, el consumo se ofrece como un modelo para toda la sociedad y se presenta como condición de «ser» dentro de las lógicas del mercado (Pipo, 2006). Castoriadis (1997), define el proceso identificador como la creación de un «sí mismo» individual-social a través de las significaciones que le son específicas a esa sociedad en particular y que le permiten crear su propio mundo y otorgarle sentido. De acuerdo con esto, afirma que el papel del conjunto de significaciones sociales imaginarias va a estructurar, por un lado, las representaciones del mundo en general –estructuras que son específicas cada vez de acuerdo al contexto histórico de cada sociedad– necesarias para la constitución del ser humano (animal-social-histórico-hablante). Por otra parte, el magma de representaciones designa las finalidades de la acción, esto es, lo que es correcto hacer o no; definen los criterios comportamentales de acuerdo a juicios de valor determinados. Y finalmente, establecen los tipos de afectos característicos de una sociedad, según esto, los sentimientos se hallan instituidos histórico-socialmente.

Las representaciones, las finalidades y los afectos se instauran conjuntamente a través de todo tipo de instituciones que permiten instituir un tipo de individuo particular y, al mismo tiempo, establecen roles sociales donde cada uno es autosuficiente y complementario de los otros. Así, el ser-sociedad de la sociedad son todas las significaciones imaginarias sociales que estas instituciones encarnan y que le dan sentido al mundo que crean y en el que las personas deben vivir y morir (Castoriadis, 1997). Significaciones que, por otra parte, se encuentran en crisis pues los mitos centrales de las sociedades modernas, de la expansión ilimitada de un dominio racional sobre todo, y del capitalismo, del individuo que gana lo más posible y disfruta lo más posible, no funcionan como soporte para la creación de un sí mismo individual-social, es decir, se trata de una crisis que se materializa a nivel del proceso identificador. Es posible pensar, por otro lado, que frente a la ruptura subjetiva que supone esta crisis se manifiesten como respuesta, por una parte, cristalizaciones violentas de los modelos identitarios hegemónicos instituidos tradicionalmente como, por ejemplo, la masculinidad hegemónica y el patriarcado, o bien, manifestaciones contrahegemónicas provenientes de movimientos como el feminismo o la comunidad LGTBTTIQ que habilitan nuevas y diversas identidades.

Individualidad

La cultura hegemónica de nuestros tiempos persigue el objetivo de modificar un sinnúmero de representaciones imaginarias, derribando muchas de aquellas que fueron instituidas por la modernidad e instituyendo en su lugar otras nuevas. Una de las principales luchas en el campo de las representaciones es la que apunta al posicionamiento del éxito y el fracaso sobre los hombros de cada individuo particular dejando como único vínculo intersubjetivo posible las relaciones de competencia, en

ese sentido, el éxito individual se presenta ajeno a los demás y no como proceso colectivo. El neoliberalismo busca desprenderse “de todos los vínculos que condicionan la reciprocidad humana y la mutua responsabilidad, [y] conservar tan solo el nexo del dinero” (Bauman, 1999). La única relación posible es la comercial, la relación mediada por el consumo.

Ante este panorama la cultura ofrece a cada individuo un ‘mar de posibilidades’. Mediante la propaganda desenfrenada se instalan mistificaciones alrededor de lo posible dentro del sistema capitalista: nos convencen de que podemos hacer todo lo que queramos si nos esforzamos lo suficiente por ello. Que todo es posible, y que si tomamos las decisiones correctas podremos lograrlo todo. Pero esta supuesta multiplicidad de posibilidades no genera en las personas un impulso hacia a la aventura sino todo lo contrario, en una sociedad en la que ‘se puede hacer todo’, los sujetos tienden a no hacer nada. La infinidad de opciones, todas diferentes, generan una incertidumbre sin precedentes. El sujeto tiene ante sí más opciones de las que puede imaginar, pero ninguna de ellas le asegura nada, “no se alcanza la autonomía porque repentinamente se ofrezcan alternativas para optar” (Pipo, Op. Cit.) No existe una vida ‘normal’, corriente, sino que todas son únicas, además, no hay punto de referencia sobre el cual construir una vida que ofrezca una garantía de bienestar. “Con el exceso de oportunidades, crecen las amenazas de desestructuración, fragmentación y desarticulación” (Michaud, 1997). El sujeto debe estructurar su «estar en el mundo» sobre un piso de incertidumbre total.

A esto se suma el hecho de la responsabilidad individual. Al no haber una norma de vida que seguir, cada uno construye su propia norma -o eso nos hace creer el sistema neoliberal-. Uno es dueño exclusivo de sus decisiones, y no puede echar la culpa por el resultado de ellas a nadie. “El peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo” (Bauman, Op. Cit.) El sujeto es el responsable tanto de su éxito como de su fracaso. No existe nada ni nadie a quien echar culpas, ya que cada sujeto es producto de sus propias decisiones.

Consumo

En este mundo de la individualidad y del ‘hágalo usted mismo’, la promesa de felicidad y de auto-realización se encuentran asociadas al consumo. “Sé feliz, viajá al caribe”, “Nada es imposible, comprá estas zapatillas”. En este sentido, los objetos de consumo se ofrecen incluso como garantías de identidad. En una cultura en la que todo es incierto e inseguro (el trabajo, el futuro, etc.), los intentos por establecer una identidad, esa lucha por dar una forma a lo informe, “sólo se concretan aferrándose desesperadamente a cosas sólidas y tangibles” (Bauman, Ibi-dem). Y son los objetos de consumo lo único que se nos ofrece como duradero en este mundo. Cada vez más, las personas se definen por lo que poseen. De hecho, el sujeto sólo existe si es consumidor: Si no consume, no come. Si no consume, no tiene

luz, ni gas, ni agua. Estamos obligados a consumir. Podemos consumir lo que queramos, eso sí; pero no podemos no consumir. Como menciona Sahovaler (1996), “para consumir cada agente social debe considerarse libre de gastar sus dineros en aquello que más le plazca, pero debe someterse a la ‘orden de gastar’” (Sahovaler, 1996. Citado en: Leale, 2009)

El principal problema de este planteo, es que los objetos de consumo no son eternos. De hecho, duran cada vez menos, y deben ser reemplazados a una velocidad cada vez mayor. Como lo grafica muy bien Bauman (1999), “en la carrera del consumo, la línea de llegada siempre se desplaza más rápido que el consumidor más veloz. Pero la mayoría de los corredores tienen músculos demasiado flácidos y pulmones demasiado pequeños como para correr rápido”. La cultura del consumo está construida para satisfacer las demandas de aquellos que pueden consumir, pero no plantea una alternativa para aquellos que no pueden mantenerse a flote por falta de medios materiales. “Los pobres no viven en una cultura diferente de la de los ricos. Deben vivir en el mismo mundo creado para beneficio de los que tienen dinero” (Seabrook, 1988). El pobre debe soportar vivir en una sociedad basada en el consumo, sin poder consumir. Y no sólo eso: el pobre siente la culpa por su incapacidad de consumir como propia, y entiende que es sólo su responsabilidad salir del lugar en el que se encuentra.

Además, la sociedad del consumo fomenta -y de hecho ha instalado- una cultura de la comparación. Los sujetos se definen no sólo en función de lo que tienen, sino en función de lo que tienen respecto de lo que tienen los demás. Esto genera una doble herida en los estratos más pobres, que no sólo sufren por su incapacidad de consumir, sino que también lo hacen cuando permiten la capacidad que tienen otras de hacerlo. “Cuanto más numerosas parecen ser las opciones de los ricos, tanto menos soportable resulta para todos una vida sin capacidad de elegir” (Bauman, 1999). Un triste ejemplo de esto se presentó en una de las entrevistas realizadas para el trabajo, en la que una residente de la villa nos comentó que su hija no quería llevar a sus amigas a la casa, porque ella vive en la villa y las amigas viven en barrios ‘normales’.

Ahora bien, ¿Qué solución ofrece la cultura neoliberal ante esta problemática? A saber ¿Qué destino ofrece a aquellos que no pueden seguir el ritmo de consumo que impone?

Comunidad y seguridad

Para responder a la pregunta que acabamos de plantear, creemos que primero debemos plantear lo que entendemos como el paso de una ‘cultura social’ a una ‘cultura comunitaria’. Tal como plantea Rose (2007), “lo social puede estar dejando paso a la comunidad como un territorio nuevo para la gestión de la existencia individual y colectiva. [...] Comunidad como la autenticidad perdida y la pertenencia común”. Entendemos aquí a la comunidad tal como la entendió Weber (1922); es decir, un conjunto de sujetos que postulan y sostienen una unión no

tanto por las similitudes que sostienen entre ellos, como por las diferencias que poseen con aquellos que no forman parte de la comunidad. Asistimos aquí a una de las transformaciones más profundas de la cultura posmoderna, en la que se abandona lo social, que *“fue imaginado como un espacio unitario, territorializado a través de una nación”* (Rose, 2007). Se abandona la identidad nacional, la idea de un ‘pueblo-nación’, para pasar al establecimiento de comunidades diversas. *“Tales comunidades son construidas de modo localizado, heterogéneo, superpuesto”* (Rose, 2007) Cada comunidad posee un espacio y un tiempo precisamente definidos, y los protegen (de las otras comunidades) con todos los recursos de que puedan disponer. El ejemplo paradigmático de comunidad neoliberal lo constituyen los ‘countries’: fortalezas dentro de las cuales cada individuo puede vivir con seguridad y tranquilidad, siempre que pertenezca a la comunidad.

Bauman (1999) sostiene que el nacimiento y auge del comunitarismo tiene sus fundamentos en la institución de la representación del logro individual y la competencia como bases del progreso. Al respecto, sostiene que *“como la idea del ‘bien común’ se ha vuelto sospechosa, (...) buscar la seguridad en una identidad común en vez de buscarla en un pacto de intereses compartidos se vuelve la manera más sensata [...] de seguir adelante”*. (Bauman, 1999)

Esta identidad comunitaria se sostiene necesariamente sobre una diferenciación permanente con quienes no forman parte de la comunidad. La existencia de un ‘nosotros’ implica necesariamente la existencia de un ‘ellos’. Y no importa cuánto tengamos nosotros con ellos en común, siempre las diferencias (aunque sean mínimas en comparación a las semejanzas) pesarán mucho más que las similitudes. En la cultura comunitaria neoliberal, el ‘narcisismo de las pequeñas diferencias’ (Freud, 1930) se encuentra más vigente que nunca.

Quienes componen las comunidades de personas pudientes, aquellas que de hecho tienen acceso a la sociedad del consumo y del bienestar, ven amenazada su existencia por los ‘extraños’ que conforman otras comunidades, pero con quienes al fin y al cabo deben compartir tiempo y espacio. En una cultura que pregona a la libertad como el bien máspreciado, las comunidades pudientes han definido que el medio para conservar esa libertad, es limitar la de aquellos que sienten que la amenazan. Bauman (1999) sostiene que *“Los comunitaristas no admiten la posibilidad de que [...] la libertad y la seguridad puedan crecer juntas”*. Nosotros, en cambio, sostenemos que lo que no admiten los comunitaristas es la posibilidad de que la libertad propia y la de los demás puedan crecer juntas. Sienten el crecimiento de la libertad de los otros como una amenaza a la propia libertad. Y actúan en consecuencia.

En primer lugar, los actores hegemónicos de la cultura contemporánea (medios de comunicación, estado, figuras públicas) establecen una ‘política del miedo’. Por medio de infinidad de zócalos noticiosos que dan cuenta de robos, asesinatos, se-

cuestrros, etc., y siempre cuidándose de marcar que dichos crímenes son perpetrados por ‘los otros’ (pobres, extranjeros, etc.), construyen la ilusión de una amenaza constante a la seguridad. El miedo al extraño que antaño se les inculcaba a los niños, hoy se ha enraizado en las comunidades de mayores ingresos, que colocan en el lugar de extraño al pobre, al excluido, generando así más exclusión. *“La separación y la no negociación de la vida en común y la criminalización de las diferencias, estas son las principales dimensiones de la evolución actual de la vida urbana”* (Bauman, 1999). El diferente es peligroso, y por lo tanto debe ser sacrificado. Como menciona Zaldúa (2011), son subjetividades sacrificables. Y son sacrificables del momento en que son otros, diferentes, y constituyen una amenaza para nosotros. Pero, en los hechos, ¿Qué implica esta política del miedo? Zukin () afirma que *“la respuesta habitual a la política del miedo [...] es privatizar y militarizar el espacio público”* (Zukin, 1995).

Es ante la militarización del espacio público que nos encontramos en nuestras visitas a la Villa 21-24. Los efectivos de la Prefectura Nacional Argentina (PNA) son omnipresentes en el barrio. Se encuentran de manera permanente en todas sus entradas, y recorren constantemente sus pasillos. Pero, ¿A quién le están brindando seguridad?

A partir de las entrevistas realizadas a jóvenes residentes del barrio, podemos entender que el trabajo de las fuerzas de seguridad no es brindar seguridad a sus habitantes. Por el contrario, sus conductas más comunes consisten en el amedrentamiento, el hostigamiento, la agresión e incluso el robo a los sujetos que se cruzan en la villa. Un residente del barrio comenta que *“la prefectura está, pero yo prefiero cruzarme con chorros que con prefectura. Porque te cruzan, te paran y aprovechan para sacarte algo y meterte un bife. [...] Te sacan lo que tengas, el celular, los puchos, plata...”*.

Estamos, entonces, ante una fuerza de seguridad que llega al barrio no a brindar seguridad a quienes lo habitan, sino a ‘mantener bajo control’ a una comunidad ‘peligrosa’ (para las demás). Y, para mantener ese control, recurren a prácticas de abuso de poder. *“De la nada, ‘plum sácate plam plam plam’. Como queriendo demostrar que son ellos los que están al mando”* (Residente de la Villa). El objetivo de tales prácticas es dejar en claro que son ellos los que ostentan el monopolio de la fuerza en el barrio, que dominan a la población, y que no existe límite alguno para su accionar. Sucede aquí *“una relación de opresión y de violencia entre poder y no poder, que se transforma en la exclusión del segundo por el primero”* (Basaglia, 1972).

Estamos aquí ante la implantación de un apabullante proceso de violencia institucional. Apabullante, porque asistimos a la ejecución de los crímenes más terribles por parte de quienes -según sus funciones oficiales- deberían dedicarse a combatirlo. *“Cuando nadie está viendo, ellos aprovechan, los policías prefectura lo que sea, ellos aprovechan y se mandan su jugada y si te moriste te moriste, ellos inventan la causa que quieran”* (residente de la villa). Nos encontramos ante un nivel de represión

tal, que no es una actividad particular la que es reprimida, sino que se reprime la mera existencia. Al respecto, resulta ilustrativa la experiencia de una residente del barrio, que nos comenta que *“el otro día veo que agarran a un pibe, lo miran y le dicen ‘a ver contra la pared’, y lo empujan y le dan con el palo en la pierna”*. Ante la pregunta sobre qué hizo entonces, contesta que no tuvo otra alternativa que seguir su camino, ya que *“sí me quedo, era para que me terminen pegando”*.

Este proceso represivo brutal no tiene otro objetivo que reproducir el orden social existente. *“La clase alta y la clase media no es sujeto de la represión, en cambio la clase baja puede sufrir violencia institucional tranquilamente porque es una violencia que tiene que ver con algo más estructural”* (militante del barrio). La prefectura no reprime por mero placer de reprimir: Lo hace para mantener un orden económico y social que es sostenido por las clases pudientes.

Y toda esta violencia, esta saturación de fuerzas de seguridad que sufren los habitantes de la villa, ni siquiera redundan en un aumento de su seguridad. La totalidad de los vecinos entrevistados nos aseguraron que *“Por más que ellos (los prefectos) estén acá parados, la inseguridad sigue igual”*. La prefectura de ningún modo cumple una labor de combate del crimen dentro del barrio. No es su objetivo. Un residente nos comenta que *“Los pibes siguen robando en la calle porque (los prefectos) no quieren comerse el garrón de hacer todo el papeleo. Entonces los agarran, les sacan lo que robaron, se hacen el día y los pibes siguen robando. Lo vemos todos los días nosotros”*. La prefectura no detiene a los ladrones, sino que les roba (El que le roba a un ladrón, ¿Tiene cien años de perdón?) y los deja seguir. Constituyen, en cierto modo, el ‘tope de la cadena delictiva’. Los habitantes del barrio son de hecho tratados como criminales, por el simple hecho de vivir en el barrio: *“Capaz que yo estaba caminando, y a un chabón le robaron el celular. Y la prefectura me ve y ya piensan que soy yo. [...] Pasa que la prefectura ahí tiene que agarrar a alguno, entonces agarran al primero que se cruza”* (vecino del barrio)

Este proceso de violentación *“se inscribe en el ejercicio de poder desde dimensiones físicas, psíquicas, simbólicas y territoriales”* (Zaldúa, 1999). La constante violencia sobre los cuerpos genera una mella en la psiquis de los sujetos, que al ser criminalizados por la ‘opinión pública’ sufren un proceso de exclusión y des-subjetivación -que se sufre por una doble vía, ya que esta des-subjetivación es generada también por la incapacidad de insertarse en el circuito del consumo. A nivel Simbólico, se implanta lo que Zaldúa (1999) denomina ‘Orden violento’, que implica una instalación de *“relaciones interhumanas y sociales predominantemente pautadas por la violencia”* (Zaldúa, Ibidem). Caso paradigmático de este orden violento es el que nos cuenta un joven residente del barrio: *“Yo tengo problemas con una vecina, que llama todos los días a la prefectura por el día de la música. Pero vienen, miran un toque, se van y ya está. Esto pasó hasta que un día un amigo que estaba conmigo se cansó, agarró un fierro y le metió*

un par de tiros en la puerta”. La solución a los problemas entre vecinos del barrio es las más de las veces violenta, a un punto tal que la utilización de armas de fuego a modo de ‘mensajes’ se encuentra por completo naturalizada. El joven entrevistado nos contó la anécdota citada con total tranquilidad.

Párrafo aparte merece la dimensión territorial de este proceso de violentación. El modo de implantación de las fuerzas de seguridad en la Villa 21-24 responde a la generación de lo que Kociatkiewicz (1999) define como ‘espacios vacíos’: lugares que *“No tienen que estar físicamente aislados por medio de cercas o barreras. No son lugares prohibidos, sino ‘espacios vacíos’, inaccesibles debido a su invisibilidad”* (Kociatkiewicz y Kostera, 1999). El barrio se encuentra virtualmente aislado en términos geográficos: linda con fábricas (Quilmes y Coca Cola) y con el riachuelo en dos tercios de su perímetro. Sólo es atravesado por una avenida en su extremo norte, y sólo lo cruzan dos líneas de colectivos. Pero ese aislamiento no es sólo geográfico. Como nos comenta una vecina del barrio, *“En todas esquinas que van a entrar hacia el barrio tienen una garita [...] Como diciendo, te bloqueamos”*. La fuerza de seguridad actúa como gendarme (de hecho, durante un tiempo la gendarmería ocupó el lugar que ocupa hoy la prefectura), controlando el tráfico en todos los accesos al barrio. La villa 21-24 funciona como un Gueto. Tal como nos explica una residente: *“entiendo el mecanismo del sistema: los encerramos, le decimos a la gente ‘mirá a los de la villa les pusimos prefectura para que no salgan para afuera”*. De hecho, el Ministerio de Seguridad (2011) publicitó por diversos medios los ‘operativos de saturación’ en la villa 21-24, entre otras.

Por otro lado, los taxis, los remises y las ambulancias no entran dentro del barrio, constituyendo entonces otro proceso de violentación institucional (a partir del cual los habitantes del barrio no tienen acceso a un servicio público de salud). Esta característica es compartida también por los territorios linderos al barrio, a donde las ambulancias sólo van con escolta policial, y demoran al menos una hora en llegar. Dato por demás curioso, si tenemos en cuenta que la sede central del SAME se encuentra sobre la avenida Amancio Alcorta, a menos de 10 minutos del barrio. Tal como nos menciona Auyero, debemos *“tomar seriamente el espacio como elemento central en los procesos de destitución social [...] mirar cuidadosamente la concentración geográfica de la pobreza”* (Auyero, 2001). La territorialización de la pobreza (y del orden violento) es un hecho evidente, al punto que, si observamos con un mínimo detenimiento, notaremos que los únicos barrios nítidamente delimitados de la ciudad son las Villas y la ‘pequeña París’ (el barrio más caro de la ciudad).

Naturalización de la violencia

Las voces de las personas entrevistadas permiten pensar la complejidad del entramado violento que comprende el contexto de los sectores populares. Violencia que es fundada y reproducida por la mayoría de instituciones que componen la sociedad, por lo que no se reduce simplemente a la acción policial concre-

ta dentro de los barrios marginales. En ese sentido, afirma una de las personas entrevistadas perteneciente a una organización que milita en la Villa 21-24, *“por violencia institucional entiendo una violencia que produce la estructura del sistema [...] violencia institucional uno lo puede ver desde lo que te genera cualquier persona que tiene que ir a atenderse a un hospital público y tiene que salir de su casa a las tres, cuatro de la mañana para pedir un turno (si es que llega a pedir un turno) y que después no se lo den y si tiene que operarse, que la operación sea dentro de tres meses, o el modo en el que viajamos en el transporte público. Por ejemplo, la villa 21 está al lado del riachuelo entonces es muy común que sea foco de criadero de mosquitos, eso en el verano pasado trajo un montón de casos de dengue dentro del barrio y eso es por inoperancia del estado”*. De acuerdo con esto, la violencia institucional supone múltiples procesos que se enmarcan en las condiciones de vida que son consecuencia de la dinámica que tiene el sistema respecto de las lógicas de acumulación, producción, reproducción y consumo. Condiciones que, por otra parte, no se reducen a lo material, sino que también se inscriben en procesos psíquicos y simbólicos.

Ahora bien, se hace necesario precisar que la represión policial no abarca toda la violencia institucional, sino que está contenida en esta y es una expresión particular que adquiere en ciertas situaciones donde, por cierto, el ejercicio violento, en gran medida, hace parte del estatuto legal del Estado. *“La violencia institucional si bien mayormente recae sobre las clases bajas puede caerle a un sujeto mucho más amplio que la represión, la represión tiene un sujeto específico: la clase alta y la clase media no es sujeto de la represión, en cambio la clase media puede sufrir violencia institucional tranquilamente porque es una violencia que tiene que ver con algo más estructural, la falta de presupuesto en diferentes áreas del Estado”* (Militante del barrio). Por otro lado, la represión policial al ser una de las herramientas inmediatas que poseen los gobiernos para el control y la coerción social, *“represión [...] como algo que el sistema necesita para reproducirse”* (Ibidem), posee cierto grado de sofisticación de acuerdo a su empleo, es decir, no toda persona es susceptible de agresión policial sino que, como afirma Basaglia (1972), *“los grados de aplicación de esta violencia varían según las necesidades que aquel que detenta el poder tiene de ocultarlas o disfrazarlas”*. Además, no toda agresión tiene el mismo sentido, sino que se dirige a sujetos diferentes de acuerdo a estrategias particulares que en el contexto de los barrios populares refieren particularmente, por un lado, a *“la represión preventiva, tiene como foco ese sujeto joven, pobre, negro, villero”* (Militante del barrio, Op. Cit.). Este tipo de acciones sistemáticas son conformados por los casos de gatillo fácil que se presentan constantemente en los barrios así, por ejemplo, menciona uno de los vecinos entrevistados *“Si un pibe agarra y le dispara a la prefectura, bueno, la prefectura responde... Pero en un caso como este (el de ‘tomatito’), que dicen que estaba robando, no hay ninguna denuncia. Entonces murió un pibe,*

¿por qué? Porque el policía le vio cara de chorro, y lo mató. No es justo. Supuestamente la policía está para prevenir”. Por otra parte, también hay actos de *“represión selectiva, apunta más a quien está organizado, forma parte de una organización social, política, sindical, estudiantil”* (Militante del barrio, Op. Cit.).

En un contexto como el descrito, se dan todas las condiciones necesarias para el desarrollo del Síndrome de Violencia institucional (SVI) (Ulloa, 1995). Al respecto, el autor afirma que *“la constitución de toda cultura institucional propone cierta violencia legitimamente acordada. (...) Cuando esta violentación se hace arbitraria, se configura el SVI (Síndrome de Violencia Institucional)”* (Ulloa, Ibidem). A saber: El síndrome de violencia institucional se conforma cuando el monopolio de la fuerza (que ostenta el estado) es ejercido sin la legitimación de los sujetos sobre los que se ejerce, lo que configura una relación de opresión sin la aprobación o el beneplácito de quienes son sometidos a ella. *“Esta violencia institucional implica la presencia de una intimidación”* (Ulloa, Ibidem), que se cristaliza en situaciones como *“que sean ellos (los prefectos) los que vienen a agredirte, a tratarte mal y a decirte ‘porque yo soy autoridad yo puedo hacer con tu vida lo que quiera’ (Vecina de la villa)*. Esta intimidación y sometimiento constante por parte de las fuerzas de seguridad socava la autonomía y la libertad de los sujetos que la sufren. *“Se advierte una tendencia a la fragmentación en el entendimiento, incluso en la más simple comunicación. (...) Cada uno parece refugiado aisladamente en el nicho de su que-hacer”* (Ulloa, Ibidem). Los sujetos se encuentran acorralados. Cualquier expresión puede ser censurada a los golpes, con una brutalidad tal que puede desembocar en la muerte. Cualquier intento de autodeterminación puede dar lugar a la brutalidad de las fuerzas de seguridad. El resultado de esta relación de sometimiento total es el refugio en el núcleo familiar, y la evitación al máximo nivel de cualquier contacto con los demás actores del barrio, que, en un contexto plagado de violencia, son a priori una amenaza. *“En este barrio no podés hacer nada, no podés discutir con nadie porque te agarran a tiros. Solamente podés llegar a tu casa, pensar en vos y en nada más. Y si te afanan tenés que no hacer nada porque te matan. Tenes que ser egoísta y no ayudar a nadie”* (Vecina de la villa). El proceso del SVI es profundamente alienante, aislando a los individuos de la realidad de su contexto, encerrándolos en sí mismos y en su contexto más cercano.

“Esta infelicidad no llama necesariamente a la reacción política” (Dejours, 2007). La reacción política surge sólo ante la percepción de que el mal que se está sufriendo es generado por una injusticia. Es decir, el sujeto debe entender que existe un nexo causal entre la riqueza del otro y su pobreza; debe entender que hay actores (el estado, la ciudadanía) que lo oprimen y lo exprimen. De no ser así, la reacción típica ante el sufrimiento y la opresión es la resignación. Y los procesos que la desencadenan son entendidos como simples ‘fenómenos’ aislados de toda intencionalidad, fatalidades del destino, y no partes de un

engranaje social que se encarga de producir y reproducir la desigualdad. En esta situación, los sujetos no encuentran solución posible más que “salir de ahí. Que no me den nada, no importa, irme afuera” (*Vecina de la villa*)

Además, para Basaglia (1977), el ejercicio sistemático de la violencia, o bien la amenaza de su empleo, funciona como herramienta para garantizar el orden público de acuerdo a como se ha establecido por los sectores hegemónicos, en ese sentido “la finalidad es siempre la protección del grupo dominante, obtenida a través de la destrucción de los elementos que obstaculizan el orden social. La lógica de la subordinación y de la represión es la misma y se tiende a crear personas totalmente sometidas, acrílicas y totalmente identificadas en las leyes”. Una vecina y activista política del barrio asegura, en una de las entrevistas, que “la violencia institucional acá en el barrio es continua. Donde vos vayes vas a ver una situación de abuso de poder”. Esto constituye un orden violento de la cotidianidad y el imaginario colectivo, en tanto la exposición constante –dentro de todas las poblaciones y escenarios de la vida social de los sectores marginados– a situaciones de violentación, configura un conjunto de representaciones y de maneras específicas de relaciones interpersonales (Zaldúa, 1999) que se van adoptando como “normales” por la recurrencia de las diferentes acciones agresivas y la cristalización histórica (tanto a nivel colectivo como en cada historia de vida personal) de las condiciones precarias de subsistencia. Al respecto, aparece en el discurso de la persona militante que “se da mucho esto de que viven una cotidianidad, los chicos y las chicas, que viven como natural pero el grado de violencia y precariedad que se vive en el barrio no es nada natural”

La naturalización de la violencia, por otro lado, posee diversas maneras de materializarse en el devenir subjetivo de las personas y en situaciones que se hacen cotidianas en los contextos de vulnerabilidad. Así, se presentan constantes muertes por intoxicaciones no sólo por el consumo problemático sino por la dificultad en el acceso a los servicios públicos, constante ideación suicida en gran parte de la población como solución definitiva frente a la angustia ocasionada por las condiciones de vida, pasajes al acto que significan atropellos dentro de la comunidad y consecuente reproducción de la violencia estructural a nivel microsociedad, maltrato generalizado al interior de la mayoría de hogares como resolución de conflictos y principio de normatividad, derrumbes subjetivos consecuencia de la imposibilidad de sostén psíquico y de las escasas o nulas herramientas de tramitación y contención anímica y emocional, presencia de situaciones de violación y abuso sexual. Respecto de esto último, en el abuso sexual infantil se incluye como conducta sexual abusiva cualquier acción que incite al menor a escuchar o presenciar contenido sexual impropio, en ese sentido, además de los casos puntuales de violación y de abuso, el despliegue de la vida sexual en medio de condiciones habitacionales de hacinamiento, características de las villas, suprimen cualquier posibilidad de privacidad a la vez que suponen un alarmante

grado de exposición de niños y niñas a situaciones de abuso sexual. De este modo, la violencia institucionalizada pasa a convertirse en la violencia como institución en el marco de la acción programática por parte del Estado, “la violencia ejercida por aquellos que están de parte del sistema, sobre aquellos que se encuentran irremediablemente colocados bajo su dominio” (Basaglia, 1972), y del desenvolvimiento de la vida cotidiana bajo las lógicas del sistema: “la familia, la escuela, la fábrica, la universidad, el hospital, son instituciones basadas en una clara distribución de papeles: la división del trabajo” (Ibidem).

Esta aceptación y perpetuación de la existencia de las villas y de sus condiciones de vida, por otra parte, no se debe simplemente al efecto de la estructura económica, sino que su posibilidad se da en base a la edificación de representaciones sociales que la sostienen en el imaginario social. En ese sentido, hay una carga de estereotipos segregativos (racistas, xenofóbicos, etc.) y de estigmas sociales que recaen sobre las poblaciones de los barrios populares, los cuales se inscriben en el ideario del resto de la sociedad como el lugar de origen desconocido e impenetrable de la actividad criminal; el barrio se convierte como una zona a ser temida y a la que hay que eludir (Auyero, 2001). Esto constituye un cerco simbólico y subjetivo que afecta incluso la consideración de sí de las personas que habitan estos lugares, por ejemplo, al decir de una de las vecinas de la 21-24, “Si tenés amigos de afuera no podés entrarlos a tu casa porque vivís en una villa”. En los discursos hegemónicos actuales y como otras de las temáticas principales de la prensa para criminalizar a los sectores populares es su vinculación con la inseguridad urbana, particularmente con el robo, y con el narcotráfico. Respecto del primero, asegura otra de las personas entrevistadas, “mi propuesta es salir de ahí. Que no me den nada, no importa, irme afuera. Por este tema de que no hay luz, no hay agua, las calles están todas rotas. Y los afaños, afaños por todos lados”. Ahora bien, esta forma de subsistencia, y en general la naturalización de la violencia (incluso la discriminación por parte del resto del conjunto social), supone mecanismos de defensa frente a un contexto desbordante por la precariedad de las condiciones materiales, el padecimiento psíquico causado por las circunstancias de vida indigna y el ataque simbólico, psicológico y físico al que es sometida la población, afirma Auyero (2001), “víctimas de la marginación económica, social y cultural, estos jóvenes encuentran una manera de contrarrestar, aunque sea simbólicamente, su real vulnerabilidad y redundancia, imponiendo el tono de vida pública en la villa”. En ese sentido, si no hay recursos materiales y simbólicos para elegir no se puede hablar de responsabilidad por parte del sujeto, mucho menos de autonomía (Pipo, 2006).

Por otra parte, de la mano del desempleo, se presenta una proliferación de la venta y el consumo de drogas y alcohol que alimentan la desconfianza y provocan situaciones de violencia interpersonal afectando las rutinas cotidianas y golpeando a nivel simbólico de tal manera que generan procesos de des-

personalización y desubjetivación, “yo consumía paco, y en 2 años arruiné mi vida. Quedé en situación de calle”, comenta una vecina para quien, sin embargo, la presencia de la droga en el barrio responde a estructuras de dominación como mecanismo de control social y de perpetuación del estado de cosas mediante la institución de un sujeto particular, el de los pibes villeros: “no son los pibes sino que hay todo una cosa atrás que no se ve, que es el negocio de la droga, la marginación, los pibes sin futuro, los pibes sin ilusiones, sin un mañana, un estudio una carrera. Los pibes sin sueños les digo yo, porque acá viven los pibes que no tienen sueños. Terminan en la droga, terminan en el choreo, terminan presos. Hay como toda una secuencia de marginalidad. Siempre el pibe que vive en la villa es el pibe que no tiene futuro”. Genera sospecha, además, la relación lineal que hay entre el posicionamiento de la derecha en los gobiernos actuales y el aumento de venta y consumo de drogas al interior de los barrios marginados, además del aumento de la presencia policial en los territorios más pobres sin que se haya una disminución en las conductas delictivas ni pierdan fuerza de control territorial los agentes narcotraficantes.

Sin embargo, estas representaciones criminalizantes no sólo hacen parte de las personas que viven fuera de las villas sino que recaen, incluso, sobre sus propios habitantes –mecanismo de naturalización como defensa– quienes a través de discursos alienantes (expresión del discurso dominante convertido en sentido común) terminan justificando situaciones de opresión: “Para mí estaba bueno cuando estaba gendarmería. Vos decís ‘bueno, los cagaban a palos a los pibes... pero los pibes estaban afanando a dos manos’. Pero por lo menos no se vendían (...) estaría bueno que venga la gendarmería”, comenta una de las vecinas entrevistadas. Considera Basaglia (1972) que “cualquier sociedad cuyas estructuras se basan únicamente en diferencias de cultura y de clase, así como también en sistemas competitivos, crea en sí misma áreas de compensación para sus propias contradicciones, en las cuales puede concretar la necesidad de negar o de fijar objetivamente una parte de su subjetividad (...) El racismo, bajo todas sus formas, es únicamente la expresión de esta necesidad de áreas compensadoras”

No se puede obviar que este escenario de violentación, abuso y violación sistemática de los derechos humanos es responsabilidad del Estado pues en tanto acción, a través de los efectivos militares y policiales, y omisión, respecto de su total ausencia en tanto las condiciones de vida, es quien mantiene y agudiza la marginación económica y cultural. Según el militante del barrio entrevistado estas situaciones se dan “por inoperancia del estado, negligencia del estado que no pone el presupuesto necesario”. Esto constituye formas de abandono, donde el desamparo y la violencia se vuelven elementos centrales de la subjetividad (Leale, 2009) y que construyen a la villa como una «otredad radical» frente a la cual se toman medidas de exclusión y control que, además, genera en sus habitantes sentimientos de desvalimiento y marginación respecto de la mirada indiferente y hostil

del resto de la sociedad (Auyero, 2001).

Esta fantasmática del desamparo se traslada a la acción y conlleva a procesos de pasividad, renuncia, desaliento o actos de agresión hacia el entorno social o hacia la propia persona. Bajo estas circunstancias hay una subordinación de la dimensión subjetiva a los efectos perversos de la cotidianidad provocando un fallo en el principio de realidad. Así, frente a la magnitud de los datos que se reciben del medio y la incapacidad por parte de la persona de defenderse de la angustia, se subvierte el sentido de la verdad y del ser provocando desubjetivaciones y perversiones del pensamiento (Zaldúa, 1999).

Desubjetivación

La dimensión constitutiva de las subjetividades está atravesada por la pertenencia al entorno social en donde se adviene sujeto a partir del encuentro con la palabra. Esta forma de incorporación al encuentro del lazo con los otros pares, que definen la sujeción del individuo a la sociedad y el surgimiento de la dimensión de lo subjetivo en cada ser, dan a la comunidad su carácter en tanto instituyente del hablante. La institución se origina entonces como espacio de producción de sujetos y, además, del sinnúmero de representaciones que definen la interpretación de la realidad que habitan los mismos. Así, la institución representa “normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas y, desde luego, el individuo mismo, tanto en general como en el tipo y la forma particulares que le da la sociedad considerada” (Castoriadis, 1988). Las categorías políticas, económicas, ideológicas y sus mecanismos de mediación cultural, grupal, de género, etc., operan en los procesos de subjetivación y desubjetivación lo cual supone, tener en cuenta, que la dimensión de la subjetividad está estrechamente vinculada a las condiciones de vida (Zaldúa, 2004). En ese sentido, puede pensarse que el proceso de la violencia se instala a nivel de las mismas instituciones y que dentro de sus formas más complejas pueden hallarse derrumbes psíquicos que transgreden la capacidad de interpretación de la realidad en las personas.

El contexto de hostilidad que se vive en los barrios de los sectores populares se funda a partir del rechazo y la discriminación que las representaciones hegemónicas instalan en el grueso del colectivo social. De este modo, “la violencia y la exclusión se hallan en la base de todas las relaciones susceptibles de instalarse en nuestra sociedad” (Basaglia, 1972) descomponiendo el tejido humano y situando allí un dispositivo de sujeción de la población respecto de los grupos de poder y su configuración simbólica. La exclusión social despoja, por lo tanto, a las personas de su estatuto de ciudadanía y las condena a la invisibilización, es decir, a la pérdida de nominación, de la palabra (Zaldúa, 2004). Las condiciones de vida en las villas, “todo lo que es vivir sin cloacas es un problema, todo lo que es el cableado: es todo un cableado hecho artesanalmente, no planificado y con riesgo de corto circuito permanente; cuando llueve puede generar

muertes. Hay muchos casos de casas que se han incendiado por un corto circuito (...) Después todo lo que es la violencia de las fuerzas represivas (...) cuestiones que tiene que ver con la falta de trabajo, uno al no tener trabajo o tener trabajo en negro, no puede tener un recibo de sueldo y poder acceder a un alquiler, cuando en realidad los precios no son tan distintos en la villa y fuera la villa (...) eso genera mucho hacinamiento dentro de las casas, quizás varias generaciones de una familia que están viviendo en la misma casa y no hay vida digna para los chicos y las chicas; tener que compartir un solo cuarto, un solo colchón con varios chicos, varias chicas... eso genera múltiples problemas dentro de las familias" (militante del barrio), no son muy distantes de las condiciones que había en los campos de exterminio del nazismo, que en el caso de los barrios pobres podrían denominarse «campos de concentración del capitalismo». Estas geografías configuran y habilitan espacios y procesos desubjetivantes. En ese sentido, el efecto devastador del neoliberalismo en la subjetividad puede considerarse a partir de esta condena, de esta expulsión de las personas al lugar de no sujetos, seres con márgenes de libertad y opciones nulas. Se instituyen así las subjetividades sacrificables; expulsión del campo social (e incluso del campo de la palabra) hacia un no reconocimiento por parte del cuerpo social mediante un proceso de deshumanización en el que la gente queda en el lugar de resto, de desecho (Zaldúa, 2011). Se trata de personas ajenas a la posibilidad de elegir que, a pesar de ser la expresión más significativa de la opresión, actúan por fuera de parámetros éticos llegando a reproducir, en algunas situaciones, actos opresivos. De este modo, la invisibilización y la indiferencia constituyen seres a los que se les han consumido todas sus posibilidades y sus potencias. En el caso de la Villa 21-24, afirma uno de los vecinos entrevistados, "en cualquier esquina te podés encontrar con cualquier cosa. Y por ahí es tu conocido, que está re dado vuelta y te está robando".

Trabajo

Otro ámbito en el que se pueden apreciar las profundas consecuencias de la violencia institucional, es el ámbito del trabajo. Esta arista de la violencia institucional no es exclusiva de la Villa, sino que podemos percibirla en todo el universo asalariado (conformado sobre todo por las capas bajas y medias de la población). Nos referimos al proceso de flexibilización laboral que ha llevado y sigue llevando a cabo la cultura neoliberal a nivel global.

Esta flexibilización surge, en primer lugar, de un proceso de separación entre el capital y el trabajo. Desde los tiempos de la revolución industrial y (cada vez menos) hasta la década de 1970, el capital estuvo íntimamente relacionado con la producción, y la producción estuvo íntimamente relacionada con el trabajo. A saber, la generación de valor ocurría a partir de la producción, y se producía con obreros trabajando en las fábricas. Esta necesidad constante de 'trabajo vivo' generaba una estabilidad laboral duradera a los obreros. A principios de siglo, "quien em-

pezaba a trabajar en la Ford, sabía que probablemente trabajara allí toda su vida" (Bauman, 1999). Pero a partir de la década de 1970 el valor dejó de surgir de la producción, y pasó a posarse en la información, y en lo que se conoce como la 'valorización financiera': los intereses de deuda (De Giorgi, 2012). El capital pasa entonces a generar valor por sí mismo, y se vuelve una condición indispensable que este pueda 'fluir' hacia donde dé mayor rentabilidad. El trabajador asalariado, estable, fijo, se vuelve entonces una carga. Es por esto que el neoliberalismo pregona "bajos impuestos, escasas o nulas regulaciones, y por sobre todas las cosas 'flexibilidad laboral'" (Bauman, ibidem), con el objetivo de desprenderse de los trabajadores que ya no le resulten redituables.

Es por esto que "el sistema del metabolismo social del capital necesita cada vez menos del trabajo estable" (Antunes, 2003). Las necesidades laborales tienden a ser temporales y, aún cuando no lo son, los dueños del capital buscan establecer las condiciones laborales más flexibles posibles, a fin de maximizar su ganancia y minimizar la pérdida si deben desprenderse del trabajador. Es por esto que actualmente los trabajos "no ofrecen ninguna seguridad por sí mismos, sino que se rigen por la cláusula de 'hasta nuevo aviso'. La vida laboral está plagada de incertidumbre" (Bauman, ibidem) Incertidumbre que, como mencionamos al principio del trabajo, se encuentra inscrita en todos los aspectos de la vida del sujeto. Al igual que la mayoría de las representaciones primordiales de nuestra cultura, el trabajo ha dejado de ser el resultado de la planificación, para ser el resultado de la oportunidad. El miedo a perder el trabajo es una constante en la vida del trabajador actual, miedo que conduce a claudicar ante las exigencias de flexibilidad y productividad que impone el capital.

Este proceso de flexibilización hace estragos en "los procesos de socialización, individuación y subjetivación (que) tienen en el trabajo humano un soporte vital y existencial" (Pérez Chávez y Lenta, 2011). El sujeto que apoya su proceso de subjetivación en su trabajo corre el riesgo de, al perderlo, ver caer la construcción de sí mismo que ha realizado, con el daño psíquico y social que ello conlleva. Es por esto que hoy por hoy los trabajadores "suelen ser reacios [...] a inscribir sus propios objetivos de vida en el marco de su futuro laboral". (Bauman, 1999) Asistimos a la caída del trabajo como pilar de la construcción subjetiva, a la desaparición del 'sujeto trabajador' como proyecto de vida.

En la villa, este proceso cala en sus habitantes de manera mucho más honda que en el resto de la sociedad, por diversos factores. En primer lugar, porque "la gente que vive acá es gente de la mínima digamos: la empleada doméstica, de limpieza, peón de obra", (residente del barrio) sectores del mundo del trabajo en los que existe un altísimo nivel de informalidad. En segundo lugar, porque muchos de ellos son indocumentados -en el caso de la villa 21-24, "la mayor parte de la población asentada en la villa es paraguaya" (Residente del barrio)-, lo que les quita de hecho la posibilidad de acceder a cualquier tipo de trabajo

registrado. Y, en tercer lugar, porque la enorme mayoría desconoce parcial o totalmente los derechos que les garantiza el sistema legal argentino, factor conocido por los dueños del capital, que aprovechan la situación para cometer abusos laborales.

Pero el principal problema relacionado al trabajo en la villa es, precisamente, la falta del mismo. La menor demanda de mano de obra por parte del capital -producto de la valorización financiera y el desarrollo de nuevas tecnologías- combinada con el aumento poblacional, ha generado una 'excedencia negativa' (De Giorgi, 2012) de trabajadores. Esta excedencia negativa cumple un rol fundamental para el sistema neoliberal, ya que representa la amenaza principal para los sujetos asalariados, que saben que si no cumplen con las demandas de su empleador pueden ser fácilmente reemplazados. Pero, en el proceso, millones de personas sufren el desempleo, que "conduce a la enfermedad mental o física, o a las dos simultáneamente" (Dejours, 2007).

El desempleo trae aparejadas, también, incertidumbre, falta de proyección a futuro, y hambre. En este sentido, en el barrio se ha sentido mucho la crisis que atravesamos a nivel país. Al respecto, una vecina comenta que "a lo largo de estos dos años, digamos desde que cambió el gobierno, he notado que hay una crisis. (...) Tres años o cuatro años atrás no veía gente haciendo cola para entrar al comedor, y ahora lo veo". Una vendedora de agua embotellada nos comenta, por su parte, que hay "mucho gente que nos ha dicho que no podía seguir sosteniendo las compras de agua, porque se les hacía mucho. Saben que la necesitan, pero no la pueden abonar después". Vemos, entonces, cómo la crisis que en los sectores pudientes impacta bajo la forma de disminución de consumo de bienes suntuosos o viajes, en la Villa 21-24 implica la limitación al acceso a bienes tan básicos como la comida o el agua. Philippe Cohen (1999) identifica al desempleo, la incertidumbre con respecto a la vejez y los peligros de la vida urbana como causas principales de la angustia actual. Pero la villa "no te da lugar a deprimirte, porque si no no vivís. Vos te tenés que poner bien y salir a lucharla" (vecina de la villa). Uno no puede ni siquiera deprimirse por la miseria. A pesar de todo, hay que salir a buscar el modo de vivir un día más.

Autonomía y Procesos de Subjetivación

Zygmunt Bauman (1999) afirma que "en un mundo en el que todo lo demás se mueve y se desplaza, hombres y mujeres buscan grupos a los cuales pertenecer, con seguridad y para siempre." Los sujetos buscan constituir una subjetividad, que les permita afrontar con relativa seguridad una vida plagada de incertidumbres. Como mencionamos anteriormente, en el modelo actual los sectores sociales tienden a constituir su subjetividad alrededor del consumo (sobre todo, de bienes materiales). Ahora bien, si las personas más pudientes de alguna manera pueden edificarse una subjetividad medianamente sostenible desde allí, ¿cómo se constituyen las subjetividades en la villa, donde el consumo se restringe a los bienes de primera necesidad?

Rose (2007) sostiene que, en la cultura comunitaria, el modo de "empoderar a los habitantes de esos barrios (marginales) es constituyendo a aquellos que residen dentro de una cierta localidad como una comunidad". Es decir, se deben buscar puntos identificatorios que permitan a los sujetos constituirse como parte de una colectividad que los aúne y les permita sostenerse los unos a los otros.

A lo largo de las entrevistas tuvimos la suerte de asistir al Centro Juvenil Padre Daniel de la Sierra, dependiente de la parroquia de la virgen de Caacupé, ubicada en la Villa 21-24. Este centro Juvenil plantea una doble función: por un lado, construye comunidad al interior de la institución, generando lazos entre los sujetos que asisten y que, posteriormente, se extienden puertas afuera de la institución. "Caacupé es una comunidad muy grande, y nos conocemos entre todos, eso es lo bueno. Y cada uno participa en diferentes grupos, que se mezclan entre sí" (vecino de la villa). Por otro lado, posee un centro de formación profesional que educa a los habitantes del barrio en una gran cantidad de disciplinas (cocina, panadería, mecánica, electricidad, etc.), lo que les permite insertarse en el mundo laboral con mucha mayor facilidad. Esto no deja de responder, sin embargo, a las lógicas del mercado donde a la población de la villa se le destinan labores técnicas o de prestación de servicios con baja remuneración monetaria, y funciones de «ejército de reserva». Uno de los vecinos entrevistados nos cuenta, al respecto, "empecé en 2012 a venir acá a hacer cursos, y me enganché y ahora estoy como panadero. Pero sigo estudiando". Si, como sostiene Pipo (2011), "Responsabilidad, autonomía y libertad son condiciones a construir", el Centro Juvenil apunta en el sentido de construir sujetos autónomos, con capacidad de decidir sobre su vida, y herramientas para desenvolverse con mayor libertad en la sociedad. Además, como sostiene Bauman (1999), "sentirse libre de restricciones implica alcanzar un equilibrio entre los deseos, la imaginación y la capacidad de acción. [...] El equilibrio puede alcanzarse de dos maneras: recortando el deseo y/o la imaginación, o ampliando la capacidad de acción" (Bauman, 1999). El centro juvenil brinda a los sujetos que lo habitan nuevas capacidades, tanto en el sentido del desarrollo profesional -con una variada oferta formativo-educativa- como en el de la construcción de una amplia red social, que permite dar respuesta a las necesidades vinculares, emocionales, y tantas otras, de los habitantes del barrio. Para Laurent (2000), "la institución brinda la apertura a la incorporación de las relaciones sociales a través de la palabra"; al apartar a los vecinos del barrio de las relaciones sociales marcadas por la violencia, y permitir nuevos modos de relacionarse, el centro juvenil genera las condiciones de posibilidad, y brinda el acompañamiento necesario a los vecinos del barrio para llevar adelante procesos singulares de subjetivación (Pipo, 2011).

Por otro lado, para Castoriadis (1997), el ejercicio de la política supone el cuestionamiento de las instituciones establecidas con el objetivo de ejercer la libertad para poder consolidar procesos

de autonomía individual y colectiva. Sin embargo, la realización de la autonomía de la colectividad sólo puede realizarse por la auto-institución y el autogobierno. En ese sentido, no sólo la acción de la iglesia (que haciendo una lectura histórica de lo que ha sido el proceso de institucionalización del cristianismo se la puede considerar como una corriente crítica, cercana a posturas como la teología de la liberación) posibilitan procesos de autonomía y democratización sino que también encontramos procesos de participación política de organizaciones sociales y de organización vecinal que promueven el devenir de sujetos políticos y la desnaturalización de la violencia y las condiciones injustas en que se vive dentro de los barrios populares. Comenta una vecina respecto de su historia personal y de la posibilidad de acceder a un bachillerato popular de parte de una organización política militante dentro de la villa, “Yo toda esta conciencia que tengo ahora la tuve cuando hice el bachillerato popular de Villa 21-24. Yo 5 años para atrás era una vecina más del barrio, que decía ‘ah bueno, somos pobres... somos pobres. No tengo estudio... y bueno que vamos a hacer, es lo que me tocó. Y el día que fui al bachi fue que me empecé a cuestionar ¿Es realmente que yo nací pobre, y tengo que ser siempre pobre?’”

En este ejercicio político es necesario como se mencionaba, por un lado, develar la naturalización de las expresiones de vulnerabilidad y, por otra parte, develar los regímenes de asignaciones dicotómicas con sus correspondientes regímenes de verdad que instituyen representaciones de saber-poder (Zaldúa, 2011). Al respecto, sentencia Basaglia (1972) que “*ésta es la historia reciente (y en parte actual) de una sociedad basada en una división radical entre el que tiene (que posee, en un sentido real y concreto) y el que no tiene. De donde se deriva la mistificadora subdivisión entre el bueno y el malo, el sano y el enfermo, el respetable y el no respetable. Las posiciones, en este sentido, están aún claras y bien delimitadas: la autoridad paterna es opresiva y arbitraria; la escuela se basa en el chantaje y la amenaza; el patrono explota al trabajador; el asilo de alienados destruye al enfermo mental*”. Frente a esto, se crean y recrean diferentes dispositivos de intervención contrahegemónicos que permitan dar lugar a las subjetividades configurando mecanismos de tramitación de la violencia prolongada, así, por ejemplo, la propuesta de «cronistas populares» como “*taller orientado a trabajar con adolescentes. Utilizar medios de comunicación como herramienta para contar sobre su barrio, para producir cultura*” o bien, “*hacer talleres en escuelas secundarias sobre medios masivos de comunicación, cultura dominante, cultura hegemónica (...)* La idea era siempre que a través de la escritura pudieran contar como era el barrio y como era la vida en el barrio para confrontar lo que sale todo el tiempo en los medios de comunicación... todo el tiempo aparecen los pibes de los barrios estigmatizados. La idea era poderle dar otra cara a eso” (Militante del barrio). Otro de los dispositivos es el de «narradores populares» en el que la idea es “*trabajar con lectoescritura, pero tratando de ir para el lado de la literatura (...)* que puedan

repensarse a partir de la literatura, repensar el barrio, desnaturalizar lo que tienen naturalizado (...), tratar de fomentar la conciencia crítica respecto de cuáles son las condiciones de vida que hay en el barrio” (Ibidem).

Todas estas propuestas contrahegemónicas en el marco de la construcción de autonomía suponen, además, la realización del bien común. Este último da cuenta de las obras y de las empresas que la sociedad quiere ver realizadas (Castoriadis, 1997), lo que da cuenta de la dimensión del deseo a nivel social el cual se materializa en la constitución de un imaginario colectivo de valores y afectos comunes. “*Hay un sentido comunitario muy grande que eso lo super rescato y lo valoro un montón (...)* acá es muy notorio que cuando alguien necesita ayuda es muy fácil organizar colectas de ropa, colectas de comida, que la gente se solidarice. Es muy común ver eso. (...) A pesar de estas condiciones de vida, yo siento que hay mucha alegría allí, y te devuelven mucho cariño los chicos y las chicas cuando vas a dar un taller, cuando llevas alguna propuesta pedagógica o de lo que sea, te devuelven mucho cariño, las vecinas también (...) siempre nos reciben de forma muy cálida.” (Militante del barrio). Finalmente, estas prácticas de autonomía y cooperación muestran otras formas de organizarse de forma creativa y productiva. Es necesario irrumpir en las cristalizaciones representativas acerca de un presente único lleno de angustias y violencias, y habilitar condiciones de posibilidad futuras haciendo énfasis en la condición humana como pilar ético, ampliando las capacidades metafóricas del lenguaje y reconstruyendo el tejido social como mecanismos de transformación política y de subjetivación bajo las lógicas de autonomía y libertad colectiva (Zaldúa, 2011). Esto no es ajeno a las personas que habitan los barrios populares del sur de la Ciudad de Buenos Aires pues como afirma una de las vecinas, “*Si pudiéramos darles la oportunidad a los pibes, de mostrarle a los pibes de lo que pueden hacer, podríamos sacar mentes brillantes.*”

Conclusiones

El recorrido transitado hasta acá, desde el pensarse la violencia institucional como proceso multideterminado y lleno de complejidades y de matices, hasta el encuentro con las personas entrevistadas, la escucha y participación de la elaboración de discursos que describen las dificultades existenciales que se viven al interior de los barrios marginados de la ciudad y sus consecuencias a nivel subjetivo, suponen la puesta en juego de afectos y reflexiones dirigidos a transformar estas realidades como necesidad de autonomía y libertad. Esto nos lleva a pensar en la responsabilidad de todos los actores y actrices sociales que participan del conjunto social y que de alguna u otra forma son sujetos activos en el compromiso de cambiar o bien, ignorar, en un ejercicio de complicidad no asumida la difícil realidad de gran parte de la población. Responsabilidad, sobretodo, nuestra en tanto participes de esta sociedad como asegura Bauman (1999), “*en la actualidad, toda liberación verdadera demanda*

más 'esfera pública' y 'poder público'", y como profesionales críticos de las condiciones que dan origen al padecimiento psíquico, la angustia, las enfermedades y el sufrimiento social. No es demagogia la pregunta por el quehacer de la psicología en el contexto de los pueblos oprimidos y cómo aportar para su liberación, nuestra liberación.

Más allá de las descripciones de las condiciones de vida y de, alguna forma, dar cuenta de cómo opera el aparato psíquico en contextos de vulneración de derechos y de constante exposición a la violencia –procesos que en gran medida son conocidos y tenidos en cuenta por las personas que habitan y/o militan en estos espacios por lo cual no nos interesa hacer de 'voces de' en el ejercicio de algún logocentrismo solapado de la academia. Nuestro interés es ampliar, sobretudo al interior de la facultad, una discusión de cómo puede ser nuestra participación en estos contextos y qué herramientas poseemos para proponer creatividades y posibilidades respecto de las representaciones hegemónicas que profundizan las relaciones de dominación y desigualdad. Se nos abre un abanico de cuestionamientos en el quehacer del ejercicio de la propia responsabilidad. Así, al entender la naturalización de la violencia como mecanismo de defensa frente a las hostilidad del medio social cabe preguntarse si es posible desnaturalizar dicha violencia y de qué modo hacerlo, además, qué implicaría hacerlo si supone herramientas defensivas, cuál vendría a ser el límite de las intervenciones en ese aspecto. Por otra parte, la comprensión de las formas en que se instituyen las subjetividades implica indagar acerca de los instrumentos que propician la institución de sujetos dispuestos a participar activamente de la construcción del tejido social y de la lucha contra los poderes hegemónicos instituyentes de la violencia, qué es lo que hace que una persona se habilite para participar de un espacio colectivo, o bien que quede como resto, como ser 'no válido', desubjetivado.

BIBLIOGRAFÍA

- Antunes, R. (2003). Trabajo y superfluidad. *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 22(3).
- Auyero, M. (2001). Introducción: Claves para pensar la marginación. En Wacquant, L. (ed.) *Los parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Basaglia, F. (1972). *La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*. Buenos Aires: Barral Editores.
- Basaglia, F. (1977). *Los crímenes de la Paz. Investigación sobre los intelectuales y los técnicos como servidores de la opresión*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Bauman, Z. (1999) *La modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Carvalho, J., França, I., Junqueira, G., Saletti, H. (2006). "El concepto de vulnerabilidad y las prácticas de salud: nuevas perspectivas y desafíos". En: Czeresnia, D. y Machado de Freitas, C. (2006) *Promoción de la Salud: Conceptos, Reflexiones, Tendencias*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Castoriadis, C. (1988). *Los dominios del hombre, las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Cohen, P. (1999) *protéger ou disparaître: Les élites face à la montée des insécurités*. Paris: Gallimard
- De Giorgi, A. (2002). L'eccedenza postfordista e il lavoro della moltitudine. Governo dell'eccedenza e controllo della moltitudine (Lic. Logiudice, A., Trad.). En *Il governo dell' eccedenza. Postfordismo e controllo della moltitudine* (cap. 2, 3). Verona: Ombre Corte.
- Dejours, Ch. (2007). *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires, Argentina: Topía. Cap. 1 y 2.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu editores. Obras completas. Vol. XXI. 1983.
- Kostera, M., & Kociatkiewicz, J. (1999). The anthropology of empty space. *Qualitative Sociology*, 1(1), 37-50.
- La Nación (2015). *Cómo es vivir en la villa más grande y peligrosa de la ciudad*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/1762919-vivir-en-la-villa-mas-grande-y-riesgosa>
- Laurent, E. (2000). *Psicoanálisis y salud mental*. Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Leale, H. (2009). "Endrogados y empastillados. Nuevas Formas de lo viejo". Ficha de Cátedra de Psicología Preventiva, Facultad de Psicología, UBA.
- Michaud, Y. (1997). Des identités flexibles, en *Le Monde*, 24 de octubre de 1997.
- Ministerio de Seguridad de la Nación (2011). "Plan Unidad Cinturón Sur", *la seguridad en el sur también existe*. Recuperado de: <http://www.minseg.gob.ar/sites/default/files/Diarios/Diario-del-Ministerio-de-Seguridad-de-Argentina-N-1.pdf>
- Ministerio de seguridad de la nación (2011). *Operativo Saturación en las Villas 21, 24 y Zavaleta*. Recuperado de: <http://www.minseg.gob.ar/operativo-saturaci%C3%B3n-en-las-villas-21-24-y-zavaleta-0>
- Pérez Chávez, K. y Lenta, M. (2011). Trabajo, praxis y salud. En G. Zaldúa (comp.) *Epistemes y Prácticas de Psicología Preventiva*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Pipo, V. (2006). "Desafiando al destino. Chicos y chicas en situaciones de calle y vulnerabilidad". En: Zaldúa, G. (2011) *Epistemes y prácticas en psicología preventiva*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Rose, N. (2007). La muerte de lo social. En *Revista Argentina de Sociología*, 5 (8). Buenos Aires: Consejo Profesional de Sociología.
- Seabrook, J. (1988). *The race for richness: the human costs of wealth*. Basingstoke: Marshall Pickering.
- Ulloa, F.O. (1995). *Novela clínica psicoanalítica*. Tercera parte. Capítulo V. Buenos Aires. Paidós.
- Weber, M. (1964). Conceptos Sociológicos Fundamentales. Los tipos de dominación. *Sociología del Estado*. En *Economía y sociedad*. México: F.C.E.
- Zaldúa, G. (1999). "Hacia una epidemiología de la violentación". En: Cuadernos de Prevención Crítica, N°1, Buenos Aires: EUDEBA.



Zaldúa, G. (2004). "Políticas sociales, ciudadanía y subjetividades". En: Zaldúa, G. (2011) Epistemes y prácticas en psicología preventiva. Buenos Aires: EUDEBA.

Zaldúa, G. (2011). "Vulnerabilidades, turbulencias y posibilidades". En: Zaldúa, G. (2011) Epistemes y prácticas en psicología preventiva. Buenos Aires: EUDEBA.

Zukin, S. (1995). *The culture of cities*. Oxford: Blackwell.